

mal, es usted mala. ¡Tenga usted piedad!

—¡Le amo á usted, le amo á usted!—repetía Juana con mayor fuerza.

—No, no, eso no puede ser; usted miente. Cree usted que sufro y quiere consolarme. Repito á usted que soy feliz... Ya ve usted que me estoy ahogando... No debía usted haberme dicho eso.

Se calmó y volvió á sonreír. Un blanco resplandor parecía irradiar de su rostro. Alargó sus descarnados brazos.

—Venid,—dijo,—acercaos á mí... Dadme vuestras manos, lo quiero así.

Y cuando Juana y Jorge estuvieron delante de él, tomóles las manos y las unió la una con la otra. Túvolas por tal modo estrechadas, hasta que el sacrificio quedó consumado, hasta que la muerte le tuvo por suyo.

Y, al espirar, en el umbral de lo infinito, oyó, en el fondo de la deslumbradora claridad en que penetraba, una conocida voz, una regocijada voz, que le decía: «La casas con un hombre digno de ella, tu misión queda cumplida... Ven á mí.»

FIN

Esbozos Parisinos

La limpia-botas

I

Se encuentra aún entre sábanas, medio desnuda, sonriente, con la cabeza echada atrás y los ojos rendidos de sueño. Uno de sus brazos queda oculto entre los cabellos; el otro pende fuera de la cama, con la mano abierta.

El conde, en chanclas, de pie delante de una de las ventanas, alza con el dedo la cortina y se fuma un cigarro, en actitud meditabunda.

Todos la conocéis... Ayer cumplió veinte años y apenas aparenta dieciséis. Lleva en la frente la más esplendente corona que el cielo pudo conceder á uno de sus ángeles, una corona de oro bruñido, una cabellera real, de color rubio aleonado, espesa y fuerte como melena de león, suave madeja de seda. La ola de fuego báñale el cuello; cada bucle ofrece sus rebeldías, se tuerce y se extiende

vigoroso; los rizos caen, las trenzas se deslizan y se enrollan, y la cabeza toda resplandece, semejante á la aurora. Y, bajo aquel incendio, en aquel esplendor, aparece una nuca blanca y un pecho alabastrino. Ofrécense irresistibles seducciones en la pureza de aquel cuello, que se muestra discretamente en medio de aquellos cabellos de orgullosa rojez. Enciéndese y arde viva pasión, cuando la mirada se detiene á escudriñar aquella nuca de suaves resplandores y de doradas sombras; adivínase una mezcla de la fiera y del niño, de la impudicia y de la inocencia, una embriaguez que hace subir á los labios besos terribles.

¿Es hermosa? No se sabe, porque el rostro entero desaparece bajo la cabellera. Debe de tener una frente baja, unos ojos pequeños y rasgados, casi grises; la nariz es sin duda irregular, caprichosa; la boca, algo grande, color rosa pálido. Por lo demás ¿qué importa? No se podrían detallar sus facciones, fijar el contorno de su rostro. Embriaga á primera vista, como un vino fuerte embriaga al primer vaso. Tan sólo se ve una seductora blancura en medio de una roja llama, una rosada sonrisa y una mirada con plateados reflejos en un rayo de sol. Vuelve la cabeza, y ya se le pertenece demasiado para poder estudiar una por una sus perfecciones.

Es de estatura mediana, á lo que creo, un tanto gruesa y lenta en sus movimientos. Tiene pies y manos de niña. Todo su cuerpo revela una perezosa voluptuosidad. Sólo uno de sus desnudos brazos, lleno y deslumbrador, produce un vértigo de deseo. Es la reina de las veladas de mayo, la reina de los amores que se aquietan en una noche.

II

Descansa sobre el brazo izquierdo, blandamente doblado. Va á despertarse en seguida. Entretanto, medio alza los párpados, y mira, para acostumbrarse á la claridad, el cortinaje azul celeste de su lecho.

Ahí la tenéis, como sepultada en medio de los encajes de las almohadas. Parece sumergida en los ligeros efluvios y en la deliciosa fatiga del despertar; extiéndese su cuerpo blanco é inerte, levantado apenas por un ligero soplo; percíbense rosadas palideces en aquellos sitios en que la batista se aparta. Nada más rico ni más esplendente que aquel lecho y aquella mujer. El cisne de los dioses tiene un nido digno de él.

La alcoba es una maravilla, de pálido azul, misteriosa, discreta; tanto los colores como los perfumes se encuentran allí amortiguados; el ambiente languidece agitado por sutiles estremecimientos. Los cortinajes penden con perezosos pliegues y las alfombras se extienden sordas y enmudecidas. El silencio de aquel templo, la suavidad de las luces, la discreción de las sombras, la sencillez del mobiliario, de irreprochable distinción, llevan la imaginación á pensar en una diosa que une todas las gracias á todas las elegancias, alma de artista y de duquesa que mora en pleno cielo.

Con toda seguridad ha sido criada en baños de leche. Sus delicados miembros dan testimonio de la noble ociosidad de su vida. Dulce y grato es pensar que las blancuras de su alma corran parejas con las de su cuerpo.

El conde da fin á su cigarro sin volver la ca-

beza, vivamente interesada su vista por un caballo que acaba de caerse en la avenida de los Campos Elíseos, y que se trata en vano de poner en pie. Figúrense ustedes que el pobre animal ha caído del costado izquierdo y que la lanza del coche debe de destrozarle las costillas.

III

En el fondo de la habitación, sobre su perfumado lecho, la hermosa criatura se despierta poco á poco. Ahora tiene ya los ojos abiertos de par en par, y permanece indolente sin el menor movimiento. El espíritu vela, el cuerpo dormita. Está pensando.

¿De qué luminosa esfera acaba de subir? ¿Qué angélicas legiones le pasan por delante é imprimen una sonrisa de sus labios? ¿Qué proyecto, qué obra agita su espíritu? ¿Qué primer pensamiento, blanca aurora de aquella inteligencia, viene á sorprenderla al despertar?

Sus ojos del todo abiertos contemplan la cortina. Todavía no se ha movido; siéntese perdida en su sueño y tan sólo sus párpados se agitan de cuando en cuando. Por largo espacio acaricia sus imaginaciones.

Después, bruscamente y como obedeciendo á una llamada irresistible, estira los pies y se echa sobre la alfombra. La estatua se ha convertido en ser mortal. Separa de la frente su cabellera, que se despliega esplendente sobre sus hombros de nieve; atrae á sí los encajes, pónese sus babuchas de terciopelo azul y cruza los brazos con movimiento

encantador. Entonces, medio inclinada, alzando los hombros, y haciendo un gesto de niña socarrona y golosa, echa á andar con precipitado paso, sin el menor ruido, alza un cortinón y desaparece.

El conde tira el cigarro y lanza un suspiro de satisfacción. Felizmente, el caballo de la avenida acaba de ser levantado: un latigazo ha puesto al pobre animal sobre sus cuatro remos.

El conde se vuelve y ve el lecho vacío. Lo mira un instante y se adelanta con lentitud; luego, sentándose al borde del colchón, se pone á contemplar á su vez el cortinaje azul celeste.

IV

El rostro de la mujer es una máscara de bronce; el del hombre es como una fuente de agua clara, que entrega todos los secretos de su limpidez.

El conde mira la cortina y se pregunta maquinalmente cuánto podrá costar el metro de aquella tela. Hace sumas, multiplica, por mera distracción y llega á una importante cifra. Después, sin quererlo, arrastrado por la asociación de ideas, valora la alcoba entera y encuentra que asciende á un total enorme.

Ha puesto la mano en la cama, debajo de la almohada. El sitio está tibio aún, y el conde echa en olvido el templo para pensar en el ídolo. Fíjase en el lecho, en aquel voluptuoso desorden que deja toda hermosa que duerme; y al ver un hilo de oro que reluce sobre la blancura de la tela, se pierde en

el pensamiento de aquella mujer dulce al par que terrible.

En seguida dos ideas se acercan y se unen en su espíritu: piensa en la mujer y en la habitación, todo á un tiempo, y deduce que la una es digna de la otra. Su pensamiento se complace en una larga comparación entre la mujer y los muebles, los tapices y las alfombras. Todo allí es armonioso, necesario y fatal.

Al llegar aquí las imaginaciones del conde se extravían; y, por uno de esos insondables misterios del pensamiento humano, llega á pensar en sus botas. Aquella idea, por nada atraída, invade de golpe y porrazo su espíritu. Hace memoria de que, de cerca de tres meses á aquella parte, todas las mañanas, cuando se echa fuera de aquella habitación, encuentra sus botas admirablemente limpias y betunadas. Y se mece sibaríticamente en tamaño recuerdo.

La habitación resulta espléndida, la mujer divina. El conde vuelve á mirar el cortinaje azul celeste y el hilito de oro sobre la blanca sábana. Da á todo su aprobación, y declara muy alto que ha reparado un error de la Providencia, envolviendo en telas de raso á aquella reina de la gracia, que la fatalidad echó al mundo de un albañalero y de una portera, en el fondo de una negra garita de la barrera de Fontainebleau. Aplaudíase á rabiar por haber dado un nido sin mancha á aquella maravilla, por la bagatela de quinientos mil ó seiscientos mil francos.

El conde se levanta y da algunos pasos. Hállase solo, y se acuerda de que, desde hacía tres meses, tiene por igual modo cada mañana un buen cuarto de hora de soledad. Entonces, nada por curiosidad, sino sencillamente por mover los pies, levanta á

su vez la antepuerta y va en demanda de su caro amor.

V

El conde recorre, una tras otra, toda una hilera de habitaciones, y no da con alma viviente.

Al volver atrás, percibe, en un gabinete, un rumor de frote de cepillo violento y continuo. Creyendo que allí habría una doncella y deseando preguntarle por la ausencia de la señora, empuja la puerta y asoma la cabeza. Y se detiene en el umbral, estupefacto, con la boca abierta.

El gabinete es reducido, pintado de amarillo, con un basamento oscuro, á la altura de un hombre. Véese en un rincón un cubo y una enorme esponja, y en el otro una escoba y un plumero. Un vano acristalado deja pasar una desapacible claridad sobre la desnudez de aquella especie de armario muy alto y muy estrecho. La atmósfera resulta húmeda y fresca.

En medio y sobre un jergón se halla sentada la hermosa de los cabellos de oro, con los pies recogidos bajo su cuerpo.

A su derecha se ve un pote de betún, con un pincel y un cepillo ennegrecido por el uso, grisiento y húmedo todavía. A su izquierda se encuentra una bota, reluciente como un espejo, obra maestra del delicado arte del limpia-botas. En torno suyo se ven esparcidas aquí y allá, chispas de lodo, como fino polvo gris; más lejos se halla el cuchillo que ha servido para rascar el barro á las suelas.

Tiene en las manos la segunda bota. Uno de sus

brazos desaparece por completo en la caña de cuero; y su manecita maneja un enorme cepillo de largas y sedosas crines; y frota con encarnizamiento el talón, que se obstina, á lo que parece, en no querer brillar como es debido.

Con sus blondas y encajes ha envuelto las desnudas piernas, que mantiene separadas. Gotas de sudor se le deslizan por las mejillas y por los hombros, y de vez en cuando se ve precisada á pararse un segundo para apartarse con mal talante los bucles de su cabellera que le caen sobre los ojos. Tanto el pecho como los brazos de alabastro se ven cubiertos de pintas, unas imperceptibles como picadas de aguja, y otras anchas como lentejas; el betún, desprendido de las cerdas del cepillo, ha sembrado aquella deslumbradora blancura de estrellas negras. Muérdese los labios y tiene los ojos como humedecidos y sonrientes; inclínase con amor sobre la bota, antes pareciendo acariciarla que frotarla; está completamente entregada á su tarea, olvidándose de sí misma en goce infinito, agitada por sus rápidos movimientos, y atenta hasta el arrobamiento.

El acristalado vano derrama sobre ella su fría claridad. Un ancho y blanco rayo de luz cae en derechura, inflama la cabellera, comunica rosados tonos á la piel, tiñe de celeste azul las blondas, y deja ver aquella maravilla de gracia y de delicadeza ostentada en pleno barro.

Vedla ahí, epicúrea y feliz. Es hija de su padre, hija de su madre. Todas las mañanas al despertar, piensa en su juventud, en aquella hermosa juventud transcurrida en la viscosa escalera, en medio de los zapatos de todos los inquilinos. Hace memoria y le asaltan anhelos feroces de embetunar sea lo que sea, aunque sólo se trate de un miserable par de botitas. Tiene la pasión del «embetuneo», como

otras la tienen por las flores. Es aquél su ingénito y bochornoso gusto, en el que encuentra inefables delicias. Se levanta de la cama, y en medio de su lujo, de su belleza inmaculada, se va á rascar las suelas con sus blancas manos, y á revolver su delicadeza de gran señora en la sucia tarea de un lacayo.

El conde tose ligeramente, y cuando ella levanta la cabeza, sorprendida, le quita las botas de las manos, se las pone, le da cinco sueldos y se retira con toda tranquilidad.

VI

Al día siguiente la bella limpia-botas se incomoda y escribe al conde, para reclamarle una indemnización de cien mil francos.

El conde contesta que confiesa, en efecto, deberle algo. Una limpieza de botas, á veinticinco céntimos cada día, componen veintitres francos al cabo de tres meses. Y le envía veintitres francos por su ayuda de cámara.

Las viejas de ojos azules

I

Con seguridad que os habéis topado con ellas, con esas viejas de ojos azules, que andan pasito á paso por las aceras, á lo largo de las tiendas. Aquí y allá, por entre la turba de transeuntes atrafagados, se las ve deslizarse poco á poco.

Llevan sombreros de paja negra, muy hondos, sin cintas, atados bajo la barba con ayuda de un bramante. Van vestidas con trajes oscuros, ceñidos á sus delgados miembros, y con chales verdosos pendientes de sus puntiagudos hombros, como colgados en dos clavos. Los entumecidos pies se deslizan con ruido quejumbroso, las arrecidas manos se ocultan bajo las puntas del chal, y en uno de sus brazos llevan un desportillado cesto.

Camiman, bajando la cabeza, pensativas y moviendo los labios, á la manera del niño que reza. En lo hondo del negro sombrero, vense sus rostros marchitos como frutas secas; la carne parece que se ha disuelto, y tan sólo queda la piel, semejante á

húmedo pergamino; y, en medio de una espesa niebla, nadan sus azules ojos, como líquidos y muertos. Aquellos ojos ofrecen una borrosa dulzura, un éxtasis ofuscado y recogido.

Las viejas de ojos azules con toda seguridad se han empequeñecido: han yuelto á ser niñas. Al verlas pasar, cuando el negro sombrero les oculta el semblante, tomaríaselas por niñas que van á la escuela; tienen la cintura delgada, los brazos débiles y son perezosos sus movimientos. Mas, cuando alcanzan la frente, nos espantamos al ver, en el cuerpo de una niña, aquel rostro pálido, hundido, destruído por toda una vida de pasiones ó de miseria.

II

Los jóvenes de veinte años atisban las blancas pantorrillas de las muchachas, qué una ventolera deja ver. Pero yo me complazco en ir en pos de las viejas de ojos azules, que siguen en derechura su camino, sin volver la cabeza, con paso regular de sonámbulas.

Siempre están solas. No andan como las hermosas muchachas de dieciséis años, por bandadas, ocupando la anchura de la calle y riendo á boca llena. Preséntanse aisladas, humildes y reservadas y se deslizan por entre la multitud, que ni siquiera las ve.

A todas las conozco: á las de las alturas del Pantéon, y á las de las alturas de Montmartre. En los

días de claro sol, en los de seco frío, tan pronto como se me ofrece una á la vista, regulo el paso con el suyo y me complazco en acompañar á ese lindo y pequeño sér, tan viejo y tan delicado. En otro tiempo, cuando yo era todavía cándido y que ignoraba con qué misteriosos séres tenía que habérmelas, había echado sobre mí la tarea de descubrir el domicilio de las viejas de los ojos azules. Excitaban mi curiosidad con sus miradas muertas; sentía la necesidad de enterarme de sus vidas y, hábame resuelto á subir á casa de alguna de ellas, como se sube á la de las muchachas alegres que os quieren contar su historia.

Las he seguido tres años, y nunca he podido saber de dónde salían ni á dónde regresaban. De repente, en una calle, me tropezaba con una, que parecía surgir de las aceras. Poníame á andar pacienzudamente tras ella; siempre taciturna, avanzaba como impelida por un movimiento de reloj. Luego, en un santiamén, cuando me adormecía, medido por la contemplación de su lento andar, desaparecía y escapábase á mi vista. A no dudarlo, había vuelto á meterse en las aceras.

Todas se me han deslizado por tal manera de las manos, sin que jamás me haya sido posible satisfacer mi curiosidad. Cuando pienso en la inútil caza que he emprendido tras ellas, tentado estoy á creer que las viejas de los ojos azules son las sombras de las que murieron de amor y que vuelven á pasearse por las aceras, en donde tanto amaron. De todos modos, volviéndome la cordura, me he propuesto no tratar ya de enterarme de sus domicilios; prefiero creer que de él carecen y que se despiertan de la muerte todas las mañanas para volverse á morir todas las noches.

III

Desde hace diez años las vuelvo siempre á encontrar de la misma edad, sin que una nueva arruga haya podido hallar sitio en sus rostros. Hay para creer que son inmortales. ¡Qué de novelas he soñado, en las templadas mañanas de mayo, cuando iba en pos de ellas, con el corazón inquieto y vacío! Iban en busca del sol, despertándose un tanto á las tibias caricias del aire; hasta deteníanse á veces para respirar y mirar ante ellas.

¿Qué pensamientos de juventud henchían á la sazón aquellos pobres cuerpos extenuados por la edad? ¿Qué remembranzas de lejanas primaveras transmitían un suspiro á aquellos cerrados labios?

Y entonces me preguntaba qué jóvenes habían sido en otro tiempo las viejas de los ojos azules. ¡Qué de historias tan terribles como dulces deberían encerrarse en ellas! ¿De dónde venían, semejantes en un todo, con sus sombreros negros y sus verdes chales? ¿Quién las había puesto por tal modo sobre el pavimento de París, abandonadas, hermanas todas por sus rostros y sus vestidos? Llegaban del misterio, parecían no conocerse, y sin embargo, al verlas, habríase jurado que pertenecían á una sola y deplorable familia.

¿Quién sabe? tal vez habrían nacido de aquella manera, viejas y encorvadas. O quizás habían tenido una misma juventud, ardiente, que, después de haber

quemado sus carnes, las conservaban inmortales, secas y rígidas.

Me recreaba con esta idea. Véalas, vestidas de blanca muselina, con lazos color de rosa, risueños los ojos, húmedos los labios, danzando en los cercados del pasado siglo y mandando besos á los hombres.

IV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una tarde de junio, en la hora en que la transparente sombra caía de los castaños del Luxemburgo, una vieja de ojos azules vino á sentarse en el banco de piedra en que yo soñaba.

Como al sentarse, la falda se le hubiese levantado, distinguí, encerrado en un grosero zapato con cordones, el piececito más lindo que sea dable imaginar.

Tenía baja la cabeza, y el sombrero negro me ocultaba su rostro. Había atraído sus delgadas manos de niña enferma y se arrebujaba en su chal. Habríasela tomado por una niña de doce años.

Tal vez se dió cuenta de la piedad que me laceraba el corazón, pues alzó la cabeza y me miró con sus ojos indecisos y bañados de lágrimas.

Aquella mirada, que se cruzó con la mía durante un segundo, me contó una larga historia de amor y de penas. Había en aquellos pálidos ojos, tierna tristeza, todos los deseos de la juventud y todos los desfallecimientos de la vejez. Las noches de placer

le habían enrojecido los párpados y le faltaban las pestañas, quemadas por las ardientes lágrimas de los vehementes apetitos. Aun debía de amar, la pobre vieja de ojos azules, aun no debía de estar cansada, y todavía debía de echar de menos los fugaces años. Y temblaba al sol, pensando en los ardorosos besos de los tiempos que pasaron.

Créi haber penetrado, hasta el corazón, en una de aquellas criaturas misteriosas. Habían hablado los ojos, y tengo para mí, que entonces ya sabía de dónde venían las viejas de ojos azules que, en las calles, lanzan aún á veces á los jóvenes, miradas devoradoras.

Vienen de los amores de nuestros padres.

V

Miraba el piecico en el grosero zapato de cuero...

Tenía dieciséis años. Era una preciosa muchacha, blanca y sonrosada, con sedosos cabellos de color rubio ceniciento que se recogían suavemente á lo largo de sus mejillas. Grandes pestañas de oro velaban la inmensidad azul de su mirada, y tenía en la barba un pequeñísimo hoyo que se dilataba al reirse. Y se reía siempre.

Sus sedosos cabellos cenicientos habían sido parte para que se le diese el armonioso nombre de Cendrina. Otros la llamaban Risetta, porque jamás

habían visto sus labios sin la sonrisa que cincelaba el hoyuelo de su barba.

No era como las muchachas de nuestro tiempo que han encontrado el medio de vestirse de seda, sin dar una puntada de aguja al día. Cendrina cosía el día entero, y tan sólo gastaba vestidos de indiana. ¡Mas qué indiana tan bella, tan alegre, limpia, castísima y cándida! Con un gorrito de blanca tela en el moño con un pañolito de seda al cuello, con medias blancas y brazos al aire, os acogía cual buena muchacha, tendiéndoo las manos, con el regocijado humor en los ojos y en los labios. Toda su personita revelaba una ternura, una alegría sana y vigorosa. En sus carcajadas se percibía una amorosa dulzura que llegaba al alma.

Cendrina—hay que decirlo—era un corazón caprichoso. ¡Pero había tanta franqueza en aquel corazón! Amaba mucho, un poco por do quiera, pero nunca en dos sitios á la vez. Aquella cándida en amor, que se dejaba tontamente llevar por sus ternezas, iba á donde iban sus besos, sin defenderse. Por lo demás, no se ocultaba, amaba al claro sol, decía: Te amo, y no vacilaba mucho más para decir: Ya no te quiero. Y como su último beso era siempre tan bueno como el primero, hé aquí que á ninguno de sus amantes le pasó nunca por las mientes enojarse con ella.

Risetta era muy conocida en las enramadas de las inmediaciones, en los bosquecillos de los bailes públicos. Hallaba el medio de trabajar todo el día y de reir toda la noche. Unos daban por seguro que no dormía nunca, y otros se reían para sus adentros al escuchar tales palabras.

De este modo llevaba una vida de libertad. Vivía en la salud del trabajo, en las tiernas voluptuosidades del amor. Daba su corazón como limosna,

y no contaba sus besos, creyendo en la eternidad de su juventud.

Cendrina, Risetta, la niña de la cabellera cenicienta, la amante que reía sin cesar para dejar ver el hoyuelo de la barba, cantaba á voz en cuello la canción de los dieciséis años, apresurándose á amar, á amar mucho, para no desperdiciar el tiempo. Empleaba sus diminutos pies corriendo sobre la hierba, en los tablados de los bailes, en donde quiera que hubiese besos en la atmósfera.

VI

La falda ha vuelto á caer sobre el piececito, que entonces dormía en el gran zapato de cuero...

Mis miradas han subido lentamente del pie al rostro.

El rostro me ha parecido espantoso, pálido y de rojo de ladrillo, con cabellos grises que se pegaban á las sienas. Los ojos, opacos y húmedos eran de sucio azul. El hoyuelo formaba un negro agujero, en medio del saliente hueso de la barba.

¡Ah! ¡triste enamorada que tiritaba al sol de junio, en medio de su vejez y de su abandono! La juventud no había sido eterna, y los amantes se habían estremecido una noche, ante sus gastados labios, como también yo me estremecía al verla mirarme con apagados ojos.

Pues bien, no, yo te amo, pobre Risetta, pobre Cendrina. Tan sólo quiero ver tu piececito, se-

guirte por las calles, eternamente, sin hablarte nunca, como amante tímido. Tú serás la enamorada de mis días de tristeza, tú, á quien soñé sentado en un banco del Luxemburgo, en un día de esplendente sol.

Y no vengáis á desmentirme, ¡oh viejas queridas de los ojos azules! cuando aseguro que vosotros sois los desolados fantasmas de los tiernos amores de los tiempos que fueron.